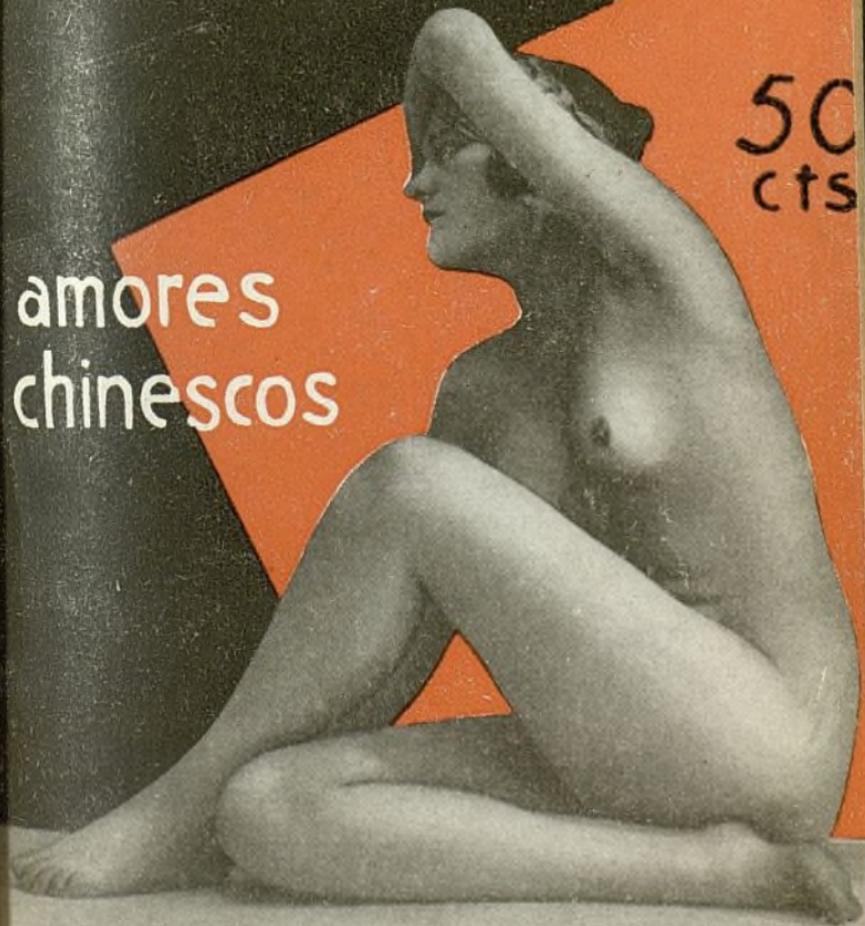


PICARDIAS



50
cts

amores
chinescos

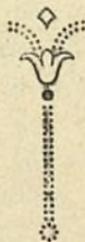


AMORES CHINESCOS

PICARDIAS

4

AMORES CHINESCOS



PRENSA MODERNA

Barra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID

INTRODUCCIÓN

Ya debéis saber, o por lo menos ya tenéis edad para haberlo aprendido, que el amor no se practica en todas partes de la misma manera. El acto es único—aparte de dos o tres variedades poco interesantes—, pero la manera de llevarlo a la práctica es lo que cambia.

Aquí se os presenta una ocasión de instruiros que no debéis desaprovechar tontamente; se os presenta la ocasión nada menos que de saber cómo se hace el amor en China, y así, si alguna vez vais al antiguo imperio y hoy revueltísima república celeste, ya podéis hacerlo con la seguridad de quedar bien con cuanta chinita se os presente por delante.

Ahora que yo no os deseo que os suceda lo que le sucedió con una encantadora amarillita también al protagonista de esta novela.

No, no os pongáis a presumir antes de quedar

bien enterados de las cosas, que al hombre le sucedió algo muy grande.

Vosotros sabéis que en China hay unas casas de té que, además de ser de té, lo son de compromiso. Pues bien, un francés se fué a divertir a una de esas casas, y os aseguro que si fué, el té tenía el menor atractivo para él.

Vamos, que fué a lo que hubiéramos ido todos.

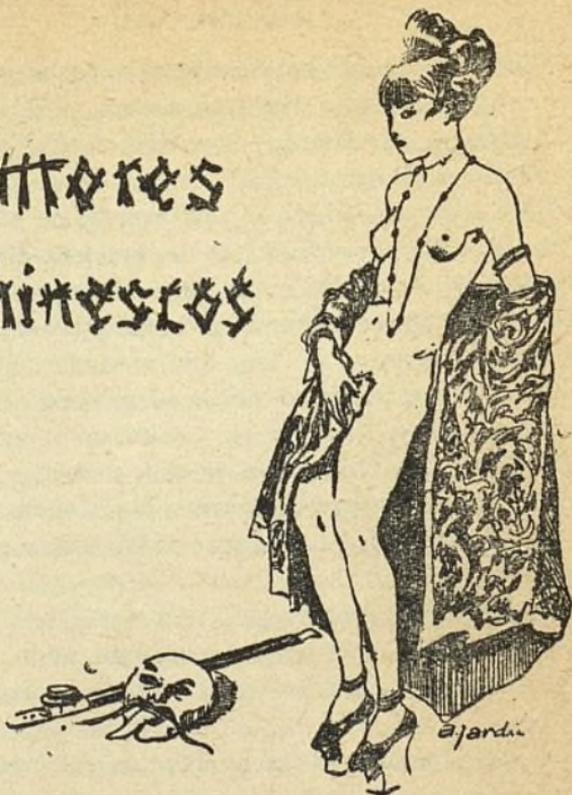
Mejor es que no os lo siga contando, porque si no después la aventura no os va a hacer gracia.

Consolaros pensando que menos gracia os hubiera hecho hacer de protagonistas, sometidos a la tiránica voluntad de un feroz chinazo que se empeña en llevar las fuerzas amorosas humanas donde es posible que no alcancen ni las del elefante.

Porque uno primero y siete después, son ocho. Y ocho, aunque sean dos las compañeras que tomen parte en el juego, nos parece un número de «goals» muy elevado para un partido de poca duración.

Vosotros juzgaréis al portero y al delantero centro. La china y el francés.

Amores chinescos



LOS AMORES CHINOS

Es imposible establecer una comparación entre el amor tal como es practicado en los pueblos de raza amarilla y tal como lo practicamos nosotros.

Pues todo lo que sobre este asunto se ha dicho no es otra cosa que charlatanería de viajeros fules que quieren, por fuerza, encontrar similitud entre el conejo y la ostra.

Hay entre los asiáticos una mezcla de lo serio y de lo bufo, de lo cómico y de lo trágico, de crueldad y de refinamiento, que en nuestra civilización no puede hallarse ni la más simple equivalencia.

Por otra parte, yo os voy a contar una historia, si me atrevo a llamarle así, amorosa y muy auténtica que me ocurrió poco antes de la guerra y que pudiera muy bien servir de símbolo.

Yo era entonces ingeniero en el ferrocarril de Junan.

Vosotros no ignoráis que esta obra la llevaban a efecto varios industriales, enemigos hoy.

El conde Vitali había llevado el asunto financieramente.

El alemán Kapp llevaba el título de ingeniero en jefe.

Los capitales eran franceses y la contra maestría italiana.

La flota de mercaderes que sigue tras las empresas de este género era griega, los médicos ingleses y los proveedores ferroviarios americanos.

Pero los cementos, y nadie puede imaginarse la cantidad de toneladas de cementos que yo he manejado, eran franceses.

Eramos doce ingenieros franceses para hacer los trabajos geodésicos, los trazados y las ramblas. Era necesario buscar el otro ramal que estaba a trescientos kilómetros de allí. Debo decir, para no dejarme nada en el tintero, que los ingenieros de aquel ramal, reclutados en Italia por Vitili, cometieron un error de setenta y seis metros, de suerte que para encontrar mi línea debieron adjuntar al trazado primitivo una curva que costó treinta millones y consumió cien mil metros cúbicos de betún.

Los accionistas no lo han sabido nunca.

Llevaba yo mi línea apaciblemente a las proximidades de una aldea china llamada Ne-Tciang en aquellos momentos.

Había en aquel pueblo un mandarín de primera clase, fino como el ámbar, que me traducía las inscripciones de todas las estelas que desenterrábamos y las de las tumbas que era necesario abatir, porque los ferrocarriles no acostumbran a desviarse de su camino por temor a molestar a un difunto por ilustre que sea.

Este mandarín tenía una hija deliciosa, a la que yo dedicaba de vez en cuando una sonrisa o un gesto cariñoso...

Nada más...

No tenía, como puede imaginarse, el menor deseo de hacer que me rebanasen la cabeza por alterar la progenitura mandarinal, reservada, en ma-

trimonio, a un potente banquero de Yunnan-Fou.

Yo hablaba un poco el chino vulgar, el que hablan los «coolies», e iba algunas veces al fumadero de un manchú que tenía bastante lejos una casa de tolerancia, en la que se mostraban muchachas de todas las razas chinas..., y eso que hay unas cuantas.

Una mañana de junio nos vimos obligados a detenernos, después de un accidente ocurrido al convoy de sacos de cemento que nos llevaba la materia prima.

Se hallaba detenido a veinte kilómetros de allí.

Ensillé entonces mi caballo y me dirigí al fumadero para reposar un poco.

Allí fui recibido por una encantadora china, que, al mismo tiempo que pronunciaba las palabras rituales de acogida, se inclinó como si lo hiciera respetuosamente, pero de tal suerte, que el final de su especie de corpiño se desplegó, ofreciéndome una serie de pinturas sobre seda de una galantería bastante audaz, por no emplear otro término más apropiado...

En el amor asiático, antes que todo está la acrobacia.

La voluptuosidad parece ser que se acrecenta con la satisfacción que producen las dificultades vencidas.

La camisita de mi chinita estaba, pues, ornada de realizaciones galantes dignas de una esbelta

serpiente o de una mimosería entre un trapecista y una danzarina sobre el alambre.

Era encantadora...

Allá abajo, nosotros nos entendimos a maravilla y estudié la ciencia que poseía la graciosa niña en el arte de mimar las escenas que llevaba sobre sí misma, aunque, para decir la verdad, el gusto que yo tengo es muy moderado cuando se trata de diversiones que reclaman una manera de atletismo dislocatorio.

¿Pero qué le iba a hacer?

Es necesario adaptarse a las costumbres de los países por donde se pasa cuando se es viajero.

Hice, pues, todo lo que me fué posible para probarle a la vez mi cortesía y mi espíritu de adaptación.

Hasta aquel momento todo fué bien; pero al mediodía vi fuera un tumulto de caballerías, gritos y palabras que tenían muy poco de amenas.

Pensé: «Me parece que me va a ocurrir algo desagradable.»

Apenas lo hube pensado, cuando la puerta de la alcoba donde me encontraba con la chinita de las pinturas torácicas, en aquellos instantes desprovista de todo ornamento y reducida a la vestidura de su cuerpo, por otra parte precioso, la puerta se abrió al impulso de un golpe brutal, y un chino con cara de bandido apareció.

Tenía de bandido la cara y el resto.

Era uno de los más auténticos ladrones y llegaba con una banda de compañeros a saquear el fumadero-lupanar.

Existe, en situaciones como éstas, el partido hasta cierto punto heroico de hacerse matar.

Yo tenía mi máuser al alcance de la mano, y entraba dentro de lo probable el que pudiera enviar al recién llegado a que hiciese compañía a sus abuelos e intentar, después, sostener el asedio del resto de los atacantes.

Preferí adoptar la dignidad oriental y ofrecer al bandido una taza de té.

El me dirigió una sonrisa y nada parecía indicar que me desease ningún mal.

Bebió el té y me pidió con refinamientos de cortesía que le dejara ver la manera que tenía de operar con la chinita. Le interesaba mucho guardar el recuerdo de aquel espectáculo. Con la misma cortesía que él empleaba para hablarme le hice saber que me sería muy agradable el poderle proporcionar aquella satisfacción...

Me esforcé en probarle que las gentes de mi país no son menos estimables ante una bella muchacha que ante la construcción de un puente ferroviario.

En verdad que la solicitada operación amorosa no resultó muy fácil.

La chinita, aterrorizada y previendo, sin duda mejor que yo, las consecuencias de la aventura,

acababa de perder de repente toda su exquisita ciencia.

Se había vuelto torpe como una primeriza, y eso me perjudicaba enormemente, porque me quitaba



La puerta se abrió y un chino con cara de bandido apareció.

ánimo para hacer las cosas tan bien como hubiera deseado hacerlas.

En fin, de una manera o de otra, pudimos complacer al bandido, serio como un prefecto, que nos miraba con una visible curiosidad.

Yo esperaba verme desembarazado de aquel tipo después de aquella comedia que no había resultado de ejecución fácil.

¡Qué le vamos a hacer!

Hay mucha gente como yo en Francia.

Pierdo mis facultades cuando sé que me están mirando. Pero, en fin, se puede disimular...

Entonces, el bandido me dijo que estaba satisfecho como un emperador por lo que yo acababa de hacer por él, y que quería a todo trance inmortalizar aquel recuerdo.

Dió una patada en el suelo y surgió una especie de individuo piojoso y múltiplemente armado, y, a una señal, cortó a cercén la cabeza de la chinita y luego se fué con la muchacha partida en dos pedazos.

—Tú comprenderás, por mucha que sea tu modestia—me dijo el bandido—, que la pequeña no había conocido nunca un amante tan noble y tan ardiente como tú. En consecuencia, lo que he hecho ha sido hacerla feliz por una eternidad...

Se burlaba de todo, bonitamente, aquel ladrón, y yo, no sabiendo si se oirían o no desde el campo mis disparos, estaba sin saber qué hacer.

No sería cierto si afirmase que lloraba por la pequeña prostituta china, matada sin motivo. Es bien sabido que en China la vida humana tiene un valor extremadamente despreciado. No se atormenta nadie por mandar matar, sin formación de

juicio, en un teatro al espectador que se ríe demasiado fuerte, o al que no se ha reído bastante.

Pero yo dudaba que, dado el temperamento, a la vez traidor y despreciativo de la raza, mi bandido no me jugara una hazaña parecida a la que había consumado con la chinita.

Es verdad que yo no hubiera permitido a nadie que se me acercara a la distancia de un sable. El máuser continuaba al alcance de mi mano, y, como antes, podría matar con la misma facilidad al chino y aún a unos cuantos chinos más. Pero si los que quedaban me suprimían a mí, en verdad que había adelantado muy poco.

Me acordé de una desgracia ocurrida precisamente en Long-Beng-Thi, a diez leguas de allí, y que había tenido como víctima a un ingeniero inglés.

Había cometido este insular la torpeza—por puritano y casto que fuese—de descubrir su llama amorosa a la mujer de un rico traficante en opio que poseía cinco mil hectáreas de tierras feracísimas.

La mujer del traficante era bonita; sobre esto no cabe ninguna discusión. Yo la supongo incluso con algunas gotas de sangre europea, porque aquella piel amante del pecado, aquel pecho firme y ampuloso y aquella mirada lúbrica, eran cosas que recordaban a las mujeres de Europa.

En todo caso, el resultado fué que el inglés le hizo una declaración amorosa.

La mujer, muy ardiente y a la que entusiasman los hombres blancos, le citó en el almacén de opio de su marido, un chino lleno de malicia y de astucia, que lo observaba todo ladinamente y tenía el corazón lleno de odio.

El primer contacto de nuestro hombre con la china resultó suntuoso.

Amores, delicias y voluptuosidades se sucedieron con pasión. Se dieron a sí mismos una representación; la repitieron. Después ensayaron las mil mimoserías con que los chinos condimentan el manjar del amor, y la dicha del hijo de la brumosa Albión y de la hija de la República Celeste no conoció límites.

Al día siguiente la escena cambió.

El traficante en opio había asistido a las expansiones a que se habían entregado la víspera su mujer y el inglés, bien oculto y hasta satisfecho del espectáculo.

Su curiosidad satisfecha, el chino pensó en la venganza, al contrario de lo que hubiera hecho un europeo, que antes que nada hubiese tratado de evitar el que otro hombre se aprovechase de las gracias y de los encantos de su esposa.

Y el inglés, al ir a entrar de nuevo en el almacén donde creía que le aguardaban los tibios y perfumados brazos de la chinita, fué apresado por seis amarillos que lo amarraron y le dejaron preparado para el «fin de fiesta».

Este fin de fiesta testimonia la ingeniosidad del chino, su crueldad y su afición a los placeres refinados.

Llevaron allí un tonel de opio hirviendo, y el chino preguntó con mucha delicadeza al inglés si prefería meter allí su cabeza o sus atributos viriles.

El hombre deseaba continuar viviendo.

Meter la cabeza en aquella confitura, a ciento treinta grados centígrados, era una de las muertes más odiosas.

Debió pensar el que el introducir otra cosa también había de tener sus consecuencias...

Y su sufrimiento fué tan espantoso, y su dificultad para la elección tan grande, y el miedo a volverse loco tan horrible, que cuando el chino le desató un brazo y puso en su mano un cuchillo bien afilado, él mismo se cortó la parte de su cuerpo que había delinquido.

He aquí una venganza de chino.

Desde aquel día a todos nosotros en nuestros tratos con los celestes nos había entrado una cosa que, por llamarla de alguna manera, llamaremos prudencia, y hacíamos lo posible por no usar demasiado ostensiblemente de sus mujeres ni de sus amantes.

Por tanto, en aquel momento, y entre las manos del bandido, me preguntaba con secreto terror si el odio contra los blancos que existe en la mayo-

ría de las almas chinas no podría empujar a aquel sujeto a jugarme alguna mala pasada.

Podéis creer que no perdí ni uno de sus gestos. De repente, llamó.

Dos de sus subordinados acudieron.

Les dió una orden en manchú, idioma que yo no comprendía, y tres minutos después los dos amarillos, cuya suciedad resultaba innoble, se presentaron con dos mujeres espantadas que se arrojaron a los pies del jefe.

Les dijo algunas palabras, designándome, y el espanto de las mujeres se hizo aún mayor.

Me dijo :

—Debes estar encantado de las atenciones que te guardo.

—No lo dudes—respondí—. Durante siete veces, siete años conservaré el recuerdo de las bondades con que te manifiestas.

—En ese caso, completa, pues, la satisfacción que me proporciona el serte agradable eligiendo una de estas dos mujeres, aquella sobre la que prefieras ejercer tu destreza.

Sonreí altivamente

—No cuentes—le dije—que vaya a descargar mi arma, que es mi única defensa contra los merodeadores que abundan en este país.

El se encogió de hombros.

—Te voy a dar un revólver cargado, y te mani-

fiesto que la desconfianza que hacia mí muestras me lastima profundamente.

—¿Y qué haré de tu revólver?

—Encuadrarás a una de esas muchachas con las seis balas. Si la hieres, eres muerto...

—¿Quién sabe?

—... pero si te muestras diestro, verdaderamente diestro, y tus balas rasan su cuerpo sin tocarla, te daré esta perla. Mira.

Me tendió, en efecto, una perla enorme, un poco rosada, que podría muy bien pesar cinco gramos.

Yo vi que no conduce a nada el entrar en discusión con esta clase de hombres.

Por otra parte, yo tiro bien. Así que ¿para qué discutir arriesgando la vida?

Indiqué a la más gruesa de las dos mujeres, que parecía menos aterrada que la otra, y la pusieron en el fondo de la pieza, de pie sobre dos escabeles, las piernas abiertas y los brazos levantados.

Después me dieron el revólver.

—Una bala bajo cada axila—dijo el bandido—. Una por encima de la cabeza, dos encuadrando el talle y la última rasando lo sumo de la entrepierna. Esta última reclamará toda tu pericia.

Me puse en el muro de enfrente y disparé.

La primera bala fué bien. La segunda y la tercera pasaron por el camino indicado. La cuarta y

la quinta se desviaron, tal vez algo, pero poco más que nada.

Me preparé para disparar la última.

El bandido dijo :

—Parece que tiembles...

Me encogí de hombros.

—¡Mira!

Y la bala fué a incrustarse exactamente bajo las piernas de la muchacha con una precisión matemática.

—Aquí tienes tu perla—me dijo el chino tendiéndome el objeto precioso—. Tu mano no tiembla. Eres un blanco valiente. No eres como aquel otro que hice despellejar anteayer.

—¿Despellejar?—pregunté.

—Sí, le quitamos la piel de todo el cuerpo. Resultó encantador. Se había fumado cien pipas antes, sabiendo lo que le esperaba; pero...

LA VENGANZA DEL BANDIDO

No sabía qué era lo que iba a responderle cuando, fuera, se oyó ruido de palabras roncadas, gritos, pisadas de caballos y todo un tumulto guerrero.

Pensé :

—Tal vez sea una caravana de blancos.

Con la familiaridad que me testimoniaba el pirata, y gracias a mi evidente espíritu de conformidad, comenzaba a pensar en un final agradable.

Si los que llegaban eran hombres de mi raza, probablemente impacientes e incapaces de dominar sus nervios, aquello no podía terminar más que en una batalla.

¿Y quién puede tener la seguridad de salir de una batalla con todos los miembros sanos?

Me calmé, o, por lo menos, sentí una confianza mayor cuando mi hombre, que había abandonado la pieza sin decir una palabra, regresó con una

sonrisa irónica que daba a su rostro todo el aspecto de una gárgola medieval.

Me dijo :

—Ya ves que tengo confianza en ti. Hubieras podido escaparte.

Yo le pregunté, asombrado :

—¿Por dónde? Aquí no hay ninguna ventana lo suficientemente ancha como para permitirme escapar...

Murmuró :

—Te creí más conocedor de estas casas, pero por la visto ignorabas esto.

Fué hasta el fondo y sacudió el muro, que se abrió inmediatamente, mostrando un reducto en el que una mujer desnuda se había ocultado. Más allá había una escala de bambú que conducía a un vergel florido.

Yo quise hacer alarde de mi buena fe.

—¿Por qué me había de escapar como si fuese un culpable?—dije—. Tú eres mi amigo, y yo esperoirme por la puerta y montado en mi caballo.

El hizo un gesto vago.

—Parece—dijo—que esperas marcharte sin que te ponga de nuevo a prueba...

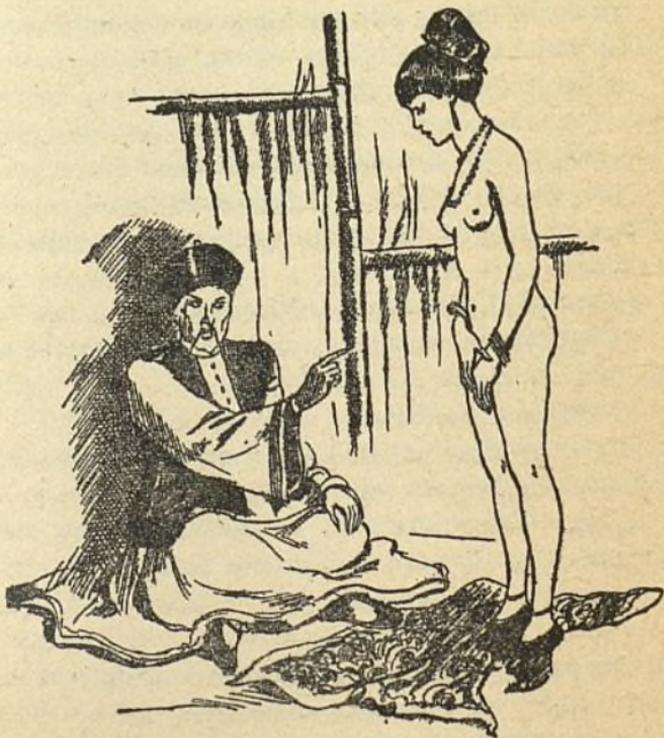
—Las pruebas a que somete un amigo—contésté—son de aquellas de las que un hombre puede salir siempre vencedor.

—Tienes razón, y no te equivocas al apoyarte

en mi amistad. En verdad que no quiero probarte más que para tu felicidad.

—Dilo pronto—repuse—, porque me están esperando, y tú no querrás hacerte responsable de la indelicadeza que yo cometería faltando a la cita.

—Tienes razón. Pero no puedo ocultarte que



El chino la llamó al orden y se volvió a vestir.

quiero retenerte aún De otra parte, solamente tú decidirás tu partida.

—Expílicate.

—Ven, pues, conmigo.

—Vamos.

—Te reservo una sorpresa por la que ayer sin ir más lejos hubieras pagado una fuerte suma.

Descendí tras él a la calle y encontré a mi mandarán traductor con su hija. Ambos estaban atados.

—Tengo—dijo el chino, sin hacer caso de mi gesto de descolgarme el mauser del hombro, porque de repente me había acordado del despellejamiento del inglés—una vieja cuenta que liquidar con el mandarín Tchi aquí presente. La ocasión es buena. ¿No te parece?

Como se dirigía a mí, le contesté :

—La ocasión es buena, no te contradigo. Pero ¿a mí qué puede interesarme?

—Ahora lo verás.

—¿No podrías dejarme marchar, y arreglar tus cuentas con Tchi en mi ausencia?

—De ninguna manera. Tú serás para mí una fortuna, y yo lo seré igualmente para ti.

Y sonreí y él continuó :

—Escucha, pues, lo que te digo : voy a preparar un palo y una caldera. Tchi tendrá derecho a elegir entre ser empalado o hervido.

Yo le interrumpí con desenvoltura :

—No quiero seguir escuchando. Tus odios y tus

venganzas no me interesan. Déjame, ya que no quieres que me marche, volver a la habitación donde me has encontrado, y envíame otra muchacha.

Me contestó :

—Las otras muchachas están en manos de los hombres que las han encontrado tan agradables, después de haberse pasado tanto tiempo sin ellas, que no quiero privarles de ese capricho. Son mis amigos, y yo siempre soy complaciente con mis amistades.

—En ese caso me quedaré solo en la habitación, y tú harás lo que te parezca con Tchi.

—No. Yo soy amigo tuyo también. Tú mismo me lo has dicho.

—En ese caso, la amistad te ordena el permitir mi ausencia mientras arreglas tus asuntos personales.

—De ninguna manera—continuó el bandido—. Yo sé hasta qué punto sois en tu país tímidos en los negocios del amor y de las mujeres. Sobre todo cuando una mujer os atrae y fascina. No ignoro tampoco que sois capaces de desaprovechar una oportunidad cuando se os presenta.

—¿Qué te importa eso?

—Me importa mucho. Soy tu amigo y te regalo la hija de Tchi, a la que sé que deseas desde hace mucho tiempo. Es bella, es joven y encontrarás un gran placer en su compañía.

—Preferiría poseerla en otras circunstancias. Tú sabes que ya, por complacerte, he poseído a la que has hecho matar.

Insistió él :

—Hace un momento me pedías una muchacha. Eso quiere decir que tu deseo no está satisfecho por completo.

No supe qué contestar.

El bandido continuó diciendo :

—Yo hago la dicha de aquellos a quienes conozco, aunque sea contra su voluntad. Tú has rondado alrededor de esta jovencita deliciosa. Es necesario que la aceptes de una vez, o sino ..

—¿O sino, qué?

—Que destruirías mi amistad y me vería en la necesidad de mandar que te despojases de tu cabeza.

Saqué mi revólver y le apunté.

—Tú morirás antes. ¿Lo ignorabas?—dije—. Te he probado mi destreza, y tu vida en este instante depende de un movimiento de mi índice.

Se encogió de hombros.

—¿Para qué hacer tantas historias a propósito de una cosa tan simple como es esta de poseer una muchacha a la que amas y a la que deseas poseer desde hace tanto tiempo? Ella debe ser más ardiente de lo que tú te figuras, y tú te comportas como un estúpido. La verdad es que los hombres de tu país usáis de unas maneras algo extrañas.

Me reprimí, sin dejar el arma, seguro de que no me harían sucumbir sin haber matado antes al jefe chino y a los dos amarillos, que continuaban inmóviles y como ajenos a la escena, en el umbral de la puerta.

—Escucha—continuó él, sin alterar para nada el tono de su voz.

—Habla.

—He decidido vengarme y serte útil al mismo tiempo. No me obligues, por tanto, a usar de la fuerza.

—¿Qué quieres decir con tu venganza?

—Me figuro que no habrás olvidado que tengo una cuenta que liquidar con Tchi. Antes te lo dije. Pues bien, he aquí lo que sucederá: Tchi, a quien parece que no le gusta demasiado el agua hervida, tendrá que utilizar el palo. Mientras lo empalamos, tú disfrutarás de su hija. La primera vez que cumplas el acto amoroso con su pequeña, contaremos hasta cien, y a partir de cien le dejaremos empalarse. Si terminas antes, continuará suspendido en lo alto del palo, simplemente, y no sufrirá otra cosa que el susto.

—¿Y después?—le pregunté asombrado ante las maquinaciones que tramaba.

—¿No lo adivinas?

—No.

—Pues es muy sencillo. La segunda vez contaremos hasta trescientos. A partir de este número,

soltaremos la cuerda y él sólo se empalará. Si terminas antes de llegar a trescientos, a Tchi no le sucederá nada.

Se sonrió y añadió luego :

—La tercera vez contaremos hasta quinientos.

—Tú estás loco—le dije burlándome, a pesar de las circunstancias y de la convicción evidente que tenía de que había de llevar a efecto sus amenazas.

—No estoy loco—contestó—. Quiero vengarme y proporcionarte al mismo tiempo un placer. Deseo que mi venganza sea para ti un excitante y a la vez un medio para rescatar la vida de Tchi. ¿No acostumbráis a hacer estas cosas en tu país?

—No.

El murmuró :

—No me extraña, porque están tan mal civilizados los occidentales... Sin duda los más sutiles placeres de la existencia les son desconocidos. Es preciso que te enteres de que mi desec es el de crear la mayor cantidad de alegría a mi alrededor. Tú poseerás a la hija de Tchi, que es una muchacha encantadora. La tendrás sin necesidad de arriesgarte a ningún peligro. y ya eso no es poco.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Pues que Tchi recuperará su vida con el placer de su hija. ¿Dudas que prefiera esta solución a que le metamos vivo en una caldera de agua hirviendo?

—No, por cierto.

—Luego eres de mi opinión.

—En ese punto...

—La chica siente aprecio por ti, y satisfará su capricho sin temor ninguno. Confiesa que no son pocas las satisfacciones que de mi acto se desprenden.

Hice un signo afirmativo.

Tuve que retener un enorme deseo de reír, deseo que me lo producía tanto como el ver la cara horrorosa que ponía Tchi, la seriedad con que el bandido hablaba y los comentarios con que pimentaba su charla.

El charlatán pirata continuó :

—Yo, a mi vez, seré también un hombre feliz, porque un hombre justo experimenta felicidad al hacer dichosos a sus amigos, y al mismo tiempo gozaré de mi venganza...

Le interrumpí con ironía :

—¿Cómo podrás vengarte si Tchi será feliz?

—No importa. Tchi habrá temblado en el palo el tiempo suficiente para serme agradable—dijo el bandido—. Cada una de sus muecas me proporcionará una alegría.

Añadió, después de una pausa :

—Además, necesitará varias semanas para curarse, porque resultará un poco difícil que consigas tus objetivos dentro de los límites que te fijo.

No había por qué discutir.

Aquel hombre criminal y apacible, jovial y audaz al mismo tiempo, tenía razón en todas las discusiones.

Hablaba dulcemente, como hombre que quiere saborear los minutos agradables de la vida, y parecía estar absolutamente seguro de que todo saldría conforme a sus deseos.

Le dije :

—¿No podrías reemplazarme por uno de tus hombres? Te aseguro que disfrutaría más como espectador que como actor.

—No, porque para la prueba que voy a exigir, sólo un europeo es capaz de llevarla a efecto.

Le pregunté, medio vencido :

—¿Y cuántas veces quieres que use de la muchacha?

—Siete.

—¡ Imposible !

—He dicho siete. Te daremos tiempo hasta contar mil, y lo mismo la sexta y la séptima vez, porque lo demás sería darte demasiadas facilidades.

Y después :

—Tú creerás que la chica es virgen ; pero está más práctica de lo que te figuras en las cosas del amor. Si pone a contribución todo su arte, va a ser para ti un juego, porque las muchachas chinas, acostumbradas a no tratar más que con hombres a quienes el opio ha dejado casi impotentes, han adquirido una habilidad extrema. Y, por otra parte,

los hijos de los países por donde el sol se pone sois ardientes y podéis entregaros al amor durante noches enteras, mientras que nosotros carecemos de ese fuego sensual. He aquí por qué las mujeres en China poseen una ciencia voluptuosa perfecta. Aplicada en ti la ciencia de esta jovencita, podría llevarte a alcanzar una cifra que doblara la que yo te pido.

No pude impedir que la risa se me escapara.

—Dime—le dije una vez que se calmó mi hilaridad—. ¿Qué harías si no pudiese llegar más allá de la quinta o de la sexta aproximación?

Dijo :

—Tchi se empalará por sí mismo y mi cuenta con él quedará liquidada. En cuanto a ti, mandaré que te corten la parte que se mostró incapaz de salvar a su dueño.

Reflexioné.

Era la amenaza de una amputación como la que había sufrido el ingeniero inglés. La lucha ya era imposible.

Durante los discursos del bandido, treinta chinos habían aparecido en el marco de la puerta, todos armados de fusiles de tiro rápido y de sables espantosos.

Yo estaba solo, y aunque hubiera podido matar a media docena, éstos hombre son de una audacia tan absurda y violenta que desafía a toda lógica.

Sopesando el pro y el contra, no encontré razo-

nes suficientes para obstinarme en una negativa.

En el peor de los casos, y teniendo que morir de todas formas, ¿por qué desdeñar las carnes prietas y las líneas bien trazadas, todo aquel tesoro amarillo que yo antes había codiciado tanto?

Aventuré esta pregunta:

—¿Quién me asegura que no te volverás atrás después?

El pirata me contestó con nobleza:

—No tengo más que una palabra. Serás libre de marcharte donde te plazca cuando hayas experimentado por séptima vez el placer.

—¿Y Tchi?—pregunté.

—Le pondré en libertad, y su hija no tendrá más que divertirme un momento para ser también libre, porque comprenderás que la vista del espectáculo que vas a proporcionarme me pondrá en condiciones de reclamar un fragmento de tu placer.

Era necesario decidirse.

Acepté.

PREPARATIVOS

Comenzaron los preparativos.

El chino tiene un espíritu sutil y teatral. El bandido eligió, para asistir a mis actos, una perspectiva sabia que le debía permitir saborear a la vez las gracias del espectáculo y las finuras expresivas de nuestros rostros. Quiero decir el de la hija del mandarín y el mío.

En seguida fueron a buscar un gran número de cojines que permitieran las acrobacias en las que son maestras las mujeres chinas.

Por fin me llevaron, por orden del bandido, un jarro de agua fresca, que encontré agradable.

Miré aquella porcelana de un azul ligero y tierno que parecía degradarse poco a poco. Todavía tenía yo mis sentidos despiertos para poder apreciar las obras de arte.

La hija de Tchi, durante la conversación salpicada de gestos contradictorios que acababa de sos-

tener con el chino, no había tenido ni un solo signo de cólera, de enojo o de desagrado en su rostro plano.

Cuando la muchacha se acercó, sin haber recibido nuevas órdenes, a extenderse sobre los cojines que debían ser testigos de nuestra amorosa prueba, me pregunté si sufría o, por el contrario, se alegraba de todo aquello que estaba sucediendo.

Imposible responder.

Los amarillos son impenetrables.

La chinita se estaba desnudando cuando el bandido la llamó al orden, y se volvió a vestir.

Como no había comprendido, le pregunté:

—¿Qué le has dicho?

Se sonrió para contestar:

—Que te pertenece a ti quitarle el vestido. Una mujer debe llegar al amor con todas sus galas. Al amante le es agradable ir las despojando de las que desdenea.

Tanta prudencia me pareció elogiable y aprobé lo que había dicho.

La hija de Tchi se puso una especie de pantalón de muselina rosa, cerrado en los tobillos; después una falda amarilla, de tela ligera y de amplitud enorme.

En seguida el vestido de una sola pieza, de una «etoffe» curiosa, en la que alternaban las figuras chinas y los tisúes gratos a los europeos.

Adiviné que era un tisú fabricado en Alemania

o en Inglaterra e importado aquí para que China afianzase su independencia comercial.

Pero eso me interesaba poco.

Mi próxima amante se puso en seguida una especie de «foulard» y después colgó a su cuello un bibelot tintineante.

Yo le hice seña de que se lo quitara.

—¿Cómo?—dijo el bandido—. No puedes imaginarte lo que ayuda al amor esa nadería en la «toilette». Tumbado junto a ella verás los tabletines lascivos que el gran pintor Hu-Le-Yang ha trazado sobre los anillos esmaltados. Además que el hombre verdaderamente amoroso no cumple el amor sin detenerse antes de buscar un segundo placer. En esta serie de cadenas que tú desdeñas hay todo lo necesario para limarse las uñas, peinarse el bigote, rascarse la espalda...

Tomó aspecto sentencioso.

—En el amor no hay nada más delicioso que rascarse la espalda.

—¿De verdad?

—De verdad. Nuestros mandarines de primera clase tienen cerca de su cama una mano de marfil de largo mango para este menester. Los más ilustres recibieron esta mano de nuestros antiguos emperadores...

Le contesté :

—No digo que en otras circunstancias no hubiera hallado un gran placer en seguir los conse-

jos que te dignas darme. Pero piensa que quiero evitar a Tchi—y es lo menos que puedo hacer en su obsequio, ya que voy a disfrutar de su hija—el que se haga empalar. En fin, que quiero terminar antes de la noche. Si me pusiera a hacerme las uñas en los intervalos, ¿cuándo terminaríamos?

—Haz lo que mejor te plazca—dijo el bandido—. Yo rindo justicia a tus puntos de vista y a tu dignidad; pero sabe que nosotros los chinos conocemos mejor que vosotros los hombres de piel planca los secretos y las delicadezas del amor.

No contesté.

Había llegado la hora de renunciar a las palabras para entregarse a los actos.

Me acerqué a la hija del mandarín y la dije al oído:

—Eres bella y te suplico que me ames.

Ella respondió en el lenguaje del país, que me era más conocido que el chino mandarinal:

—Tú eres bello también. Manda a tu sirviente, que te obedecerá según tu capricho.

—Quítate el vestido—la dije.

Murmuró ella:

—Piensa que son siete los actos amorosos que tienes que cumplir. No intentes privarte desde el principio de los excitantes que podrán hacerte falta después.

Comprendí que tenía razón.

Toda aquella conversación, todo lo que había

preparado la circunstancia presente desde hacía dos horas, constituía un verdadero afrodisíaco.

Yo no tenía que hacer más que seguir mi pendiente orgánica y, a medida que la fatiga fuera llegando, la hija de Tchi, con la finura de su raza y el saber lujurioso de las mujeres chinas, animaría poco a poco mis entusiasmos desfallecientes.

Lancé una mirada al decorado antes de comenzar la operación.

Había allí cinco ladrones, en cuyos rostros se leía la satisfacción más completa.

Uno de ellos me dirigió una sonrisa maliciosa.

El jefe de los piratas fumaba con gravedad, en una pipa de porcelana, un tabaco inglés que olía a heno quemado.

La mujer a quien había visto toda desnuda en el reducto que me había enseñado mi amigo y guardián, pasó ante mí llena de dignidad y de desprecio.

Consideraba indigna aquella comedia.

No por la falta de pudor, ni por la sobra de detalles con gusto apimentado que había en ella, sino porque el papel de protagonista se otorgaba a un blanco.

Vi moverse su grupa y sus caderas y las piernas, que corrían a entregar todo su cuerpo a la lujuria de los bandidos, a quienes oía en el piso de abajo, ahitos de alcohol de arroz.

Luego lo que oí fué un tumulto indescriptible.

Sin duda, todos los chinos se habían lanzado sobre su compatriota y, con esa fantasía que es privilegio de los orientales, se estarían entregando con ella a toda clase de extravagancias.

Adivinaba aquellas manos amarillas agarrándose como lapas a los senos de la mujer que, por ser blanco, me desdeñara; las caricias sabias y brutales a un mismo tiempo; toda la lujuria de los chinos exaltada y embravecida por el alcohol.

Como no era cosa de detenerse escuchando el ruido de la algarabía sensual que de abajo llegaba, hice signo de que me hallaba dispuesto.

Oí transmitir una orden.

Comenzaron los gemidos. Estaban izando a Tchi a lo alto del palo

—Hazle callar—le dije al jefe—. Me enfría con esos gritos que da.

Una orden imperativa sonó y, como por milagro, Tchi cesó de gritar.

¡ Al trabajo !

PRIMEROS ESCARCEOS

La hija del mandarín, además de ser bellísima, era simpática y estaba llena de las mejores intenciones.

Yo quería terminar pronto, para que luego la vista de uno cualquiera de sus encantos bastara para ponerme en condiciones de reanudar la faena que me había sido encomendada.

Estas son razones excelentes cuando se trata de llevar a feliz término una operación semejante.

El silencio más completo reinaba a mi alrededor.

* * *

¡Brava hija de Tchi!

¡Tú mostraste todo lo que puede el amor filial!

¡Tú también tenías prisa de terminar para rehacer-te!

Así, la pequeña china supo prescindir de todas

las maniobras preliminares, que son la salsa con que las mujeres saben aderezar en el extremo Oriente el guiso complicado del amor.

Fué, por tanto, un amor concebido como una fabricación a la americana, y durante el cual, lo mismo la muchacha que yo, hicimos la mayor economía posible de entusiasmo.

¡Y eso que la chinita era capaz de entusiasmar a cualquiera!

Si yo hubiera tenido un poco más de gusto por las observaciones científicas, en aquel momento me hubiese considerado completamente dichoso, comportándome como ingeniero o como matemático.

Pero nada de florituras, nada de fantasías...

Resultó una fabricación galante perfecta, sin fuerzas perdidas, sin derroche de celuloide.

Una cosa bien.

* * *

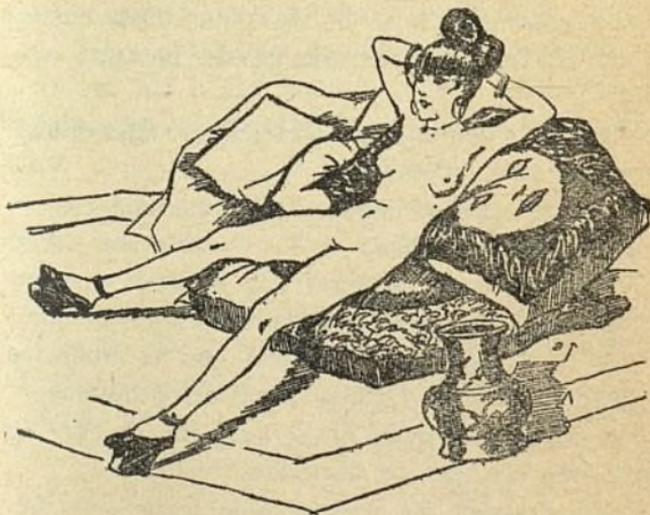
Me levanté con lentitud, contento de haber hecho mi trabajo tan concienzuda y rápidamente.

Di un suspiro de satisfacción.

Os aseguro que, de haber sido otras las circunstancias, me hubiera dado rabia por haber desaprovechado tantos encantos como tenía al alcance de la mano y haberme limitado al encanto único de la chinita.

El bandido me felicitó

—Decididamente, los hombres de tu país son admirables. Me lo habían asegurado, pero yo lo ponía en duda. Ahora me considero dichoso por haberte contratado para siete representaciones que



Se había tumbado sobre los cojines, con las manos puestas en la cabeza.

van a pasar tan rápidas como una nube bajo el sol.

—¿Quién sabe?

—No seas modesto.

La hija de Tchi me llamó

En aquel momento se quitaba la falda y el calzón de muselina que le llegaba hasta los tobillos.

Cerré los ojos para no ver el cuerpo precioso de la amarilla, para no enardecerme demasiado, y con la mano le hice un gesto para que tuviera paciencia.

Su padre no había tomado aún contacto con el palo, y eso que salir airoso en una prueba amorosa en el tiempo que se tarda en contar hasta ciento, no me negaréis que es una proeza bastante estimable.

—Vamos a contar hasta trescientos—dijo el bandido con tono imperativo.

Yo pensé, con mi manía de las matemáticas.

—Ya he despachado $1/7$. Todavía me faltan $6/7$. Cuando haya terminado de hacer lo que voy a empezar ahora, aún me faltarán $5/7$. ¡A la obra!

Cogí a la hija del mandarín con la intención de llevar a cabo la segunda parte del programa.

Ella había madurado en su pequeño cerebro de china todo un plan de florituras sensuales.

Hábil y astuta, se entregó a la faena con nuevos medios de seducción.

Me dió un beso tan sabio y tan perverso que a poco lo echamos todo a perder.

—¿Estás débil?—me preguntó en chino vulgarísimo la dulce niña, que se esforzaba en restituir mis fuerzas.

Yo murmuré:

—Guarda tu sabiduría china para luego. En

este minuto haz lo que haría una mujer de Europa.

—¿Ignoran estas cosas las europeas?

—No; pero usan de ellas con gran simplicidad.

¡Pero id a hacer entrar el concepto de lo simple y de lo complejo en estos cerebros absolutamente desprovistos del sentido de lo abstracto!

La hija de Tchi ya no insistió en besarme.

Apretó los labios con una ligera expresión de desdén y yo me apercibí de la vanidad de mis consejos.

* * *

Entonces se oyó un gemido.

Llegaba del patio donde el mandarín se hallaba abandonado a su peso sobre el palo.

Aquel grito no era lo más indicado para animarme. Temí que todo se iba a venir abajo. Por fortuna no sucedió así. Por fin cumplí la segunda parte del programa y, a mi gesto, las lamentaciones cesaron. ¡Ouf!

El bandido me dijo:

—Eres demasiado nervioso. Toma ejemplo de la calma de nuestra raza. Nada nos emociona. Se cortan las cabezas y los miembros sin emocionar a las víctimas ni a los espectadores. Tú sufres la influencia de todo.

Me encogí de hombros

—Lo que sucede es que no tenemos sensibilidades semejantes. Pero no te importe, que no serán esas pequeñas emociones las que me detengan.

El se rió y dijo :

—Me alegraré por ti.

Aquellas palabras me arrancaron una mueca

¡ Bah ! Había comenzado a usar de la hija de Tchi, y lo que hacía falta era persistir conservando conjuntamente la voluntad y el dominio de mí mismo.

EN PLENA FAENA

La hija de Tchi se quitó el vestido.

Conservaba puesta una camisa bordada que la llegaba hasta los pies, hasta sus pequeños pies de china.

Por el escote de aquella camisa pude ver sus dos senos oblongos y de un color extraño, de un amarillo de limón. un amarillo inesperado.

Se había tumbado sobre los cojines de forma que las manos las tenía puestas en la nuca, y cada pie apoyado en el tobillo contrario.

Yo tenía pesadez en la cabeza y el vao: me faltaba.

Pregunté al bandido :

—¿No tienes pastillas de Hang-Hon-Li?

El Hang-Hon-Li es un pescado que vive en el río Amarillo, y cuya carne, cargada de fósforo y de yodo, trabajada de una forma especial; es un potente e inmediato afrodisíaco.

—¿Lo necesitas ya?—me preguntó el pirata con ironía.

—Sí.

—Bueno. Toma.

Me tendió una especie de tabaquera de marfil, que tenía sobre la cubierta un grabado del dulce Las-Tsen sentado sobre una mugidora vaca y exhalando la satisfacción filosófica propia de un moralista.

Tomé dos pastillas.

La hija de Tchi me hizo señas de que me acercara a ella, acompañando la indicación con una mímica que resultó algo más que galante y que daba testimonio de la sabiduría, y de las disposiciones que la jovencita tenía para hacer interesantes las aproximaciones amorosas.

Me acerqué.

—¿Tú eres un hombre de gran mérito en tu país?—me preguntó, mientras nos instalábamos para proceder a la continuación de nuestros debates.

—No mucho—le respondí—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me han dicho que en tu país los hombres son elegidos para los grandes cargos según las disposiciones que muestran en su trato con las mujeres.

—¡Bah!

—Ciertamente. Tú no querrás confesarlo, pero yo creo a los que me han dado esos detalles.

—¿Y qué te han dicho?

—Que para ser mandarín francés hay que poseer diez mujeres en una sola noche; doce para ser prefecto; catorce para ser ministro, y dieciséis para ser emperador.

Yo me puse a reír.

La hija de Tchi hizo todo lo posible por que la risa se me disipara. Dejamos de hablar.

¡Qué ciencia la de la pequeña china!...

* * *

Cosa curiosa y extraña: mi segunda «tournée» se había llevado a cabo con gran trabajo, y, en cambio, la tercera pasó como un relámpago.

Quedé emocionado por aquella manera de operar que tenía la amarilla.

Mi compañera se adornaba con una sonrisa de triunfo.

Me preguntó:

—Las mujeres de Europa, ¿conocen estos secretos para emocionar a los hombres?

—No todos—le contesté prudentemente.

Ella aprobó:

—Hace falta estudiar durante mucho tiempo para conocerlos como es debido.

Me puse de pie y respiré una buena bocanada de aire.

Aquello marchaba bien.

Hice rápidamente el cálculo. Llevo $3/7$, o sea que me faltan $4/7$ para terminar. Es decir, $1/4$ más de la mitad.

El bandido, feliz como un tiburón que pudiera devorar dos o tres náufragos, dijo :

—La cosa va muy bien. Vas subiendo en la estimación que te profeso. Te aseguro que te conduces tan noblemente como Pet-Huy.

—¿Quién es ese Pet-Huy?—le pregunté, mitad por curiosidad y mitad por ganar tiempo.

—Es el dios de la pasión amorosa. Hizo el amor setecientas catorce veces seguidas con su concubina la hija del emperador Tan, y su mujer, por venganza, le ató sobre la cama, intentando matarle a fuerza de caricias. Pero él resistió durante novecientas veces y quedó vencedor. Desde entonces se convirtió en un esposo fiel.

Yo hice un gesto que expresaba mi admiración.

—Y ahora—continuó el bandido—, si no has terminado para la noche, te aseguro que te será contado como una derrota y serás castigado

La tarde iba a caer y me pareció prudente regatear.

—Si no me concedes una hora más de tinieblas—le dije—, renuncio a la prueba y vamos a matarnos.

—Te concedo esa hora.

Entonces, para agradecérselo, hice a la hija de Tchi seña de que variara un poco su aspecto

Ella, que no me perdía de vista, se desnudó inmediatamente.

¡Vamos!

* * *

El amor apareja cierta monotonía verbal, a pesar de la infinita diferenciación de sus actos reales.

Es, en verdad, que nuestro pudor y, sobre todo, el de los escritores han rodeado esto de una clase de chisés obstinadamente repetidos.

Se encuentra uno, pues, bastante molesto para describir con todos sus detalles, sus delicadezas, sus deleites, sus perspectivas, una serie de gestos comúnmente juzgados, a pesar de su variedad, como idénticos.

Los chinos tienen un alto sentido de la infinita diferenciación de las diversiones amorosas.

Esto se puede ver en su arte, donde el erotismo tiene un lugar considerable y comporta una complejidad de aspectos estéticos casi desconcertante por su riqueza.

Las mujeres de Asia, educadas en la contemplación de grabados y pinturas que nosotros calificaríamos de obscenas, tienen el espíritu entrenado a concebir y el cuerpo habituado a realizar mil extravagancias.

En esto están muy por encima de sus hermanas las europeas

Bien es verdad que nuestras razas no abusan de esas acrobacias afrodisíacas que son el encanto de los asiáticos. Salvo, bien entendido, los hombres maduros y casi impotentes.

En mi situación se encontrará que fuese muy natural el que me parecieran útiles aquellos conocimientos, y la hija de Tchi se había dado cuenta.

La pequeña obtuvo, pues, de mi máquina amorosa un prodigioso rendimiento usando de fnuras específicamente chinas.

En otra ocasión, aquello no hubiera tomado a mis ojos un marcadísimo interés.

Aquel día no sucedía lo mismo, y las excentricidades sensuales de su hija me permitieron no escuchar los lamentos del viejo Tchi arriba de quince o veinte segundos.

Me senté un instante.

Por la puerta vi asomarse una fila de caras amarillentas y planas que me miraban con interés.

Todos los bandidos habían terminado por apasionarse con mi aventura.

Esperaban verme escapar a sus más deplorables consecuencias, y sus miradas me seguían mientras yo me esforzaba en quedar como es debido con la hija de Tchi.

El cielo era verde en la lejanía.

La campiña ofrecía un aspecto triste en el rectángulo visto por entre los rostros chinos.

Me volví rápidamente para no dejarme influenciar por la tristeza del crepúsculo.

El bandido me dijo :

—Parece que vas perdiendo la confianza en ti mismo, a pesar de que estás llevando tu proeza más allá de lo que yo esperaba.

—No—dije yo— Es que, en mi país, las transformaciones de la naturaleza tienen una marcadaísima influencia sobre nosotros.

—Es extraño.

—Todas las razas encuentran extraño el comportamiento de las demás.

—Es verdad.

La hija de Tchi se esforzaba, por medio de actitudes lascivas, de llamar mi atención sobre sus amarillas y suavísimas carnes.

El pirata la vió.

—Tu amiga te llama. Me parece que está en muy buenas condiciones, y no encontrarás nunca una mujer más deseosa de emociones que la que te espera. ¿Qué aguardas?

Me encogí de hombros. Me molestaban las cuestiones del asiático ; gracias a que no me sucedía lo mismo que con los muchos encantos de la asiática que me esperaba.

¡ Aquella carne amarilla ! ¡ Aquellas piernas sabias ! ¡ Toda ella tan voluptuosa y tan tremante para el amor !

Para cesar la conversación molesta con el ama-

rillo, no me quedaba más medio que el de agitar con la hija del mandarín.

Y la mandarinita me sonreía, se colocaba en posturas que, si no tenían nada de clásicas, en cambio eran como para hacer maldecir a un eunuco.

Y fuí de nuevo hacia ella.

* * *

La cuarta operación resultó muy bien, pero en cambio la quinta me resultó la más penosa de las siete.

Creí que no iba a lograr mi objetivo y que íbamos a hacer «match» nulo la chinita y yo.

Sentí que el sistema nervioso no me respondía como era debido. Tuve una «panne» de sensibilidad... Y allí no había donde elegir: o lograr la victoria sobre la hija de Tchi, que a cada minuto carburaba mejor, o dejar que el chinazo aquél... ¡De pensarlo se me ponía la carne de gallina!

Si la «panne» hubiera durado, estaba perdido. Jamás hubiera vuelto a encontrar la buena carburación. Pero, por fortuna, tuve un retorno de energía íntima y comprendí que, al contacto de la piel suavísima de la muchachita, las cosas se ponían de nuevo en orden, y como me hiciera una caricia más fina y más delicada que las otras, mi papel quedó a la misma buena altura que se había venido cotizando hasta entonces.

Triunfé.

No hubo «match» nulo

* * *

—¡Bravo!—dijo el bandido, adivinando cuanto me acababa de suceder.

Y una sonrisa de satisfacción iluminó la cara de la hija del mandarín.

Como todo el mundo sabe, lo que constituye el encanto del amor es que las fatigas que crea son precisamente afrodisíacas. Los amantes potentes se hacen más ardorosos a medida que se aproximan al final de sus juegos. Es por eso por lo que algunos enfermos logran, en materias amorosas; proezas que otros hombres más fuertes no pueden conseguir

Es que su enfermedad misma transfiere a sus cerebros el activo de sensaciones y obra a la manera de las cantáridas.

Lo más terrible en un desfallecimiento amoroso es sentir que está junto a nosotros una preciosa mujer sin que el sentirlo nos excite. En este momento de divorcio entre el amor y la fatiga, el amante se convierte en un guiñapo.

Yo tuve la suerte de pasar por encima de este abismo, que de caer en él me hubiera dejado sometido a la crueldad abyecta de los chinos.

* * *

Añadiré, para ser del todo sincero, que la hija de Tchi, a la que yo había creído hasta entonces inocente, o por lo menos educada solamente en la contemplación de los cuadros donde a los chinos les gusta pintar proezas amorosas; la hija de Tchi, digo, me dió la prueba de que poseía una gran ciencia amorosa y que sabía ponerla en práctica.

Cuando he dicho que tuve un momento de debilidad y que pude salir de él, sería excesivo el atribuirme a mí únicamente el feliz retorno del vigor.

Mi compañera puso por su parte todo lo que pudo.

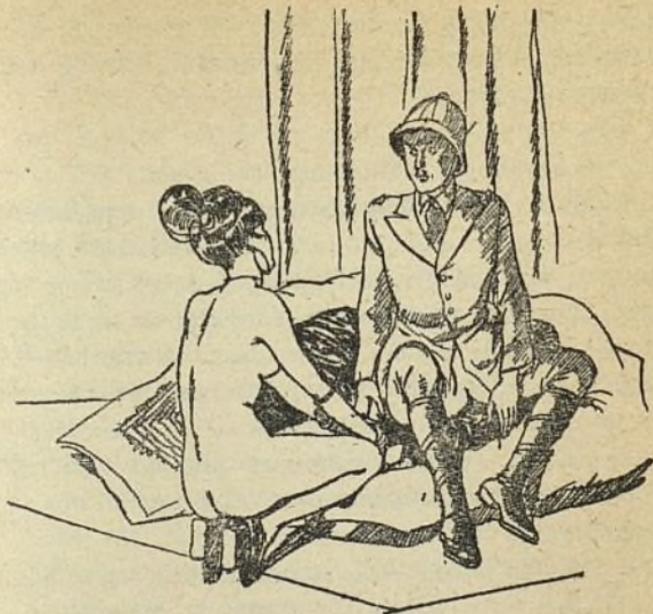
Hizo de fuego todos sus nervios.

¡Qué maravillosa estuvo la graciosa y pequeña chinita!

Hizo todos los esfuerzos que pudo para evitarme una catástrofe. Tuvo finuras y delicadezas de gran artista. Jamás he comprendido como entonces la frase de Pierre Louys, en «Afrodita», cuando afirma que el amor es un arte, como la música, y que una cortesana hábil vale por el más glorioso músico del templo de Apolo.

Aun con todo, habiéndose prolongado aquello un poco, Tchi reposó sobre el palo.

Yo le oía chillar e invocar a Confucio, lo cual tenía muy poco de excitante.



*Conmovida por los gemidos de su padre,
la china se echó a mis pies.*

Quando todo quedó cumplido, dije al bandido, que miraba con seriedad de embajador :

—Manda que me traigan algo de beber.

—Está bien.

El mandarín continuaba gimiendo.

—Haz que desaten a Tchi durante el descanso.

—Me vas a hacer perder la paciencia de tal forma que olvide todas las conveniencias. Como no te liga nada a este viejo pillo de mandarín, te

debe importar poco que tenga el trasero un poco desollado. Además, así no dejarás que el palo penetre demasiado

Dije yo :

—Me molesta oírle tanto.

—Se le relevará cuando tú vayas a ponerte a trabajar, para que tus ardores amorosos no se enfrien con sus gritos. Te voy a decir lo que me hizo. Un día estaba yo citado con su mujer en el bosquecillo, detrás de su casa, donde has encontrado el sapo de tres patas, de bronce, que es el dios de mis antepasados. ¿Te acuerdas?

—¡Sí, sí; ya sé! Entonces ¿tú has sabido lo que mis obreros descubrieron al preparar mis terraplenes y mis trincheras?

—Precisamente. Allí tengo yo mis espías

—Eres muy hábil. Continúa tu historia.

—Verá. Yo estaba citado con su mujer, que es una mujer expertísima en el amor, como seguramente no llegará a serlo nunca la hija. Y eso que ésta no es una novicia.

—Lo reconozco.

—Este día, pues, mi mandarín sabía nuestra cita; siguió a su mujer, que venía a reunirse; nos acechó, y cuando estuvimos juntos ella y yo, de tal forma que el sentimiento de las cosas había desaparecido de nuestra mente, saltó sobre nosotros y nos rompió un bastón sobre las espaldas.

—La verdad—dije para compadecerle y poder así ganar tiempo—que es algo muy doloroso.

—¡Oh! Entonces ya ves cómo mi venganza es muy natural y que no es demasiado rigurosa.

—Reconozco que podías haberte portado peor. Pero ¿es que cumplías algún deber al engañar a este mandarín?

—Yo no le he engañado. Únicamente su mujer es la culpable. Yo no le había prometido guardarle fidelidad.

Aquella juiciosa respuesta me agradó. Hubiera prolongado la entrevista. Pero tenía que meterme en faena, y el chino me dijo sin ambages:

—Habla menos, porque tendrás necesidad de todas tus fuerzas para hacer las dos caminatas que ten quedan si quieres salvar al viejo Tchi. Además, la noche se echa encima, y si quieres llegar a tu campamento sin tener un mal encuentro es preciso apresurarte. No pienses que yo te voy a dar una escolta.

Tenía razón aquel pirata. Debía atravesar un bosque donde se ve algunas veces a los tigres a la orilla del río.

En este momento, conmovida por los gemidos de su padre, la hija se echó a mis pies y me rogó que le concediese la gracia de amarle aún dos veces.

Le respondí suavemente que esta gracia dependía en lo sucesivo mucho de ella, porque en

mis costumbres no estaba el llevar mi barca siete veces a la fila en público, y que si llevaba sus finezas a tales extremos, podía temerse que renunciara al fin. Ella elevó las manos al cielo:

—Yo he hecho todo lo posible por que seas digno de Lai Tché Houang. .

—¿Quién es Lai Tché Houang?—pregunté al bandido.

—Es—respondió gravemente—el que hizo mujeres ciento sesenta doncellas desde que salio hasta que se puso el astro del día.

—¡Diantre!—exclamé con humor.

—Es un gran santo—añadió el chino—; pero parece que en tu país de Occidente no sería juzgado como tal. Hasta se dice que lo repudiarías por esta divina explotación y que correría el riesgo, en caso de repetición, de hacerse condenar por ultrajes al pudor y otras fantasías morales inventadas por vosotros los occidentales, que sois tan hipócritas como sucios.

Los lamentos de Tchi se hacían más intensos, y yo me irritaba ante ellos. Entonces hice seña a la hija del mandarín que volviera a tomar los aparejos de la guerra del placer.

Ella se apresuró alegremente al notar que los lamentos de su padre habían cesado.

El comienzo fué un tanto ingrato. Me encontraba, como se dice en materia deportiva, «desentrenado», y carecía de firmeza combativa. Pero

me convencí, por una gran autosugestión. de que tenía entre los brazos a una querida blanca y adorada.

Se hizo un papel decoroso Aunque, desgraciadamente, el martirizado volvió a sus llamamientos a la providencia china; pero, por fortuna, no prolongó mucho tiempo sus quejas.

—Mereces la medalla de marfil—dijo el bandido—; no te falta por cumplir más que un solo requisito, y creo que pronto estará todo hecho.

—Hablas con gusto de ello—respondí después de haberme bebido una taza minúscula de cierto líquido ligeramente pimentado que reconocí como una decocción de frutas de «ajuria vulgaris», que es un afrodisíaco muy fuerte y de rápidos resultados.

El otro se encogió de hombros.

—Los europeos siempre seréis los mismos. De las cosas más insignificantes hacéis muchos misterios. Estaba seguro que pronto te apartarías de este asunto. Yo no pedía más que salvar a Tchi. Si tiene el trasero un poco estropeado, se acostará tripa abajo durante algún tiempo, y en vez de sentarse puede meditar muchas cosas. El meditar sentado no es muy pródigo en ideas.

Yo respondí:

—No estoy muy seguro de mi triunfo. No sé si lo llevaré a cabo. Me había propuesto ganar diez minutos.

Adivinó aquello, y dijo secamente :

—Recuerda que debes terminar, si no quieres que rompa la cabeza de Tchi antes de que termine el palo.

—¡ No !—dije—. Eso no reza para nada en el contrato.

—Si me veo obligado a marchar antes de que hayas llegado al término de tus contactos galantes, la culpa será tuya, porque te retrasas. Yo tengo muchas otras cosas que hacer. Esta noche tengo que quemar cuatro casas, cortar seis cabezas y hacer violar nueve mujeres. En este caso, no habiendo tiempo suficiente para martirizar hasta el fin a este innoble mandarín, le hago dos pedazos antes de partir.

Yo no esperé más, y dije a su hija :

—Sé digna de la diosa que hizo en un día amor con los trescientos mil dioses, y vamos a terminar en seguida. Cuento contigo.

—¡ No !—dijo ella—. He jurado ante la tumba de mis antepasados no ayudarte nada esta vez.

Hubiera dado un bofetón a aquella presuntuosa. Ni por salvar a su padre, que gritaba de nuevo como un ejército de batracios nocturnos, quería desviar uno de estos votos queridos a las mujeres chinas, dedicadas a las divinidades del campo a quien se puede engañar...

—A mí, ¿qué?—pensé—. Hay que terminar cuanto antes.

Y me preparé..

Pues bien; lo diré sin rodeos. La cosa se hizo sin demasiado esfuerzo. Recordé que el autor de «Ubu Roi». Alfred Jarry, había publicado en otro tiempo un romance intitulado «Le Surmale», donde quería demostrar que cuanto más se practica el amor más aptitudes se adquieren. Comparaba éste al deporte, donde un conveniente entrenamiento prepara a un espléndido resultado. En fin, con una compañera amorfa y después de haber corrido, como se decía en el siglo XVIII seis postas, llegué a la séptima como un postillón real...

¡ Ah! Hay que tener en cuenta que, sintiendo el próximo final, yo procuraba poner un feroz entusiasmo en activar mi montura. Me sentía como un perro. Los más tímidos suelen ser algunas veces muy impulsivos con las mujeres por miedo de no serlo precisamente. La fe no levanta montañas. Pero, en cambio, es cierto que basta para salvar la virtud de las naciones. Añade al esfuerzo físico un estimulante que duplica su eficacia. Lo cierto es que con mi fe yo supe salir airoso de mi empresa. Había combatido mi local laxitud y una tendencia a la debilidad que en amor es preciso vencer. En la lucha que entablé con mis órganos, yo dije la última palabra. Los órganos obedecieron como soldados bien disciplinados, valientes y trabajadores

Esta vez todo había terminado bien. Exhalé un suspiro de satisfacción.

—Manda que bajen a Tchi de su palo —dije noblemente—, porque he salvado su vida...

—Has salvado su trasero; pero reconozco que el trasero juega un gran papel en la vida de los hombres y, sobre todo, en la de los mandarines —dijo irónicamente el bandido.

Y escuchando los ruidos de fuera, silbó.

—Apareció uno de sus acólitos.

—Se oyen algunos ruidos. ¿De qué se trata?

—Es el convoy de sedas para Nankín.

—Bueno; le daremos caza en el bosque, a la orilla del río donde aguardan las canoas. Allí será más fácil manejar el cargamento. ¡Dejadlo marchar!

No quise intervenir en el asunto del convoy, que de sobra conocía y que desvalijaban por tér-

mino medio de seis a diez veces al mes, lo cual hacía pensar que los propietarios de las sederías transportadas estaban de acuerdo con los piratas.

—Tu caballo está listo—dijo el bandido, saludándome con la ceremonia de su raza.

Me levanté. Era extraordinario el que no sintiera la menor fatiga. Salí preguntándome si a distancia no alojaría una bala del máuser en el cráneo de mi enemigo íntimo, el chino que había ordenado aquella comedia de los siete actos, tan poco variados, y que yo acababa de ejecutar. El chino no salió. Seguí viendo en el patio a Tchi, tendido en el suelo, que me miraba con ojos agradedidos. Entonces, saltando sobre mi montura, partí...

Hice voto de no volver a los tés de mujeres, tan lejos de mis camaradas y de mi campamento.

* * *

—¿Y Tchi?

—Volvió a su casa al día siguiente.

Supé que había sido recogido por los bandidos mientras llevaba a su hija a un chino rico que vivía en el bosque y que estaba defendido por cien guardianes, los cuales le ponían al abrigo de los merodeadores

Vendía a la muchacha en cien piastras a los amadores de su raza para proporcionale una dote...

Lo de las cien piastras estaba bien; pero en cuanto a lo del precinto que se suele exigir a las europeas la noche de la boda...

De aquello, la hija de Tchi no guardaba ni el recuerdo...

FIN